

# CONVOCAR A UNA DIGNA Y ESTIMULANTE BATALLA

Manuel Mira  
Periodista y escritor

Nada más puede hacerse para ensanchar los límites de la tragedia. La inseguridad vial es uno de los grandes dramas que vive nuestro país, y a veces da la impresión de que una extraña e inviolable coraza impide ver lo que trasluce la realidad de 5.500 muertes cobradas por nuestras carreteras cada año. También su equivalencia en sufrimientos familiares que el tiempo no podrá cicatrizar nunca. Ni los gastos sanitarios que el tratamiento a los heridos ha supuesto para las arcas del Estado.



Como tampoco se aprecia el escalofriante dato de que España pierde cada año una parte muy significativa de sus reservas humanas más jóvenes, es decir, de su potencial de futuro, de sus sueños como nación. Los accidentes de tráfico lastran, sobre todo, los proyectos en ciernes de miles de jóvenes. La carretera tiene una especial predilección por ellos. Y cada año nos mata un poco más a todos porque diezma la sangre de esta tierra.

Las cosas están así, y no se alcanza a saber qué debe hacerse para que nuestro país tome conciencia real de lo que pasa. Es cier-

to que las estadísticas proporcionan una idea exacta de cuanto ocurre. Ahí están los muertos y heridos, el dinero con guadaña y sin cinturón de seguridad, los dispositivos y medios para hacer frente a los accidentes, las ingentes inversiones económicas y en medios que cada año hacen posible nuevos mensajes y campañas publicitarias destinadas a impactar en la opinión pública. A emocionarnos por la vía más rápida —de la pantalla plana del televisor a la yugular de tus instintos más conservadores y piadosos—. A emulsionar nuestras más puras querencias ante el sentimien-





to trágico de la vida. A edulcorar con un exceso de neorrealismo —puesta en escena perfecta, juego virtual en estado puro— nuestra natural proclividad a la inconsciencia y a la insensibilidad ante el dolor ajeno. Pero en esa realidad machacada por tantas cifras y aparatos propagandísticos llueve sobre mojado. Y ése es el principal problema. Todo es como en una insaciable esponja: el drama de la carretera, a fuerza de absorberlo todo, camufla los sentimientos más auténticos, los disuelve en la nada.

Al margen de las estadísticas, la única verdad es la inmovible vigencia de la tragedia. Aquello que no puede traducirse en números. El dolor que parece ser patrimonio exclusivo de los demás hasta que la fatalidad del destino lo hace nuestro. La muerte de los otros hasta que visita nuestra casa o la de nuestros amigos más próximos —también los otros, pero me importa menos porque no son de mi sangre, digo—. La patética incapacidad del vecino que en cualquier momento puede bajar en el ascensor y aparecer en nuestra sala de estar con el regalo, gratis, de una silla de ruedas para el resto de nuestras vidas.

Ésa es la diferencia entre la realidad que se ve y la verdad que, de tan dentro de nosotros como está, ni la sentimos. El distingo entre la mentira disfrazada por el mensaje multicolor de los multimedia, o por los fosforitos en el modernísimo panel recién instalado antes de llegar a casa, y la verdad que es sólo nuestra y que, sin saber cómo, hemos corrompido hasta el extremo de que ya no impresiona el plano gris de nuestra moral. Convoco a los creadores, a los *brain stormers*, a los publicistas de todo el mundo, a los quiromantes y falsos milagrerros, uníos: ¡Resucita la conciencia muerta! Los

economistas dirían «el valor añadido» de los sueños que no sirve para nada.

¿Y la del Estado? Me refiero a la conciencia del Gobierno en trance permanente de administrar los intereses de los ciudadanos españoles. Cuántas guerras harían falta, y misiones de paz, Irak, Afganistán, y revanchas de confidentes justicieros, y catástrofes, erupciones volcánicas, gotas frías, terremotos, malversaciones de fondos públicos, corruptelas, mordidas, violaciones de alto estandar político, para que se toma-

ra conciencia de que todo ello, junto, envuelto en el mismo sudario, no puede equipararse al sufrimiento que provoca la tragedia de la inseguridad vial... ¿Demagogia? Bastaría ilustrar esas relaciones con el detalle de los costes, de los números, de las matemáticas puras, para escandalizar a quienes no se atreven a la odiosa comparación. Todos son muertos, desde luego. Pero las de las misiones de paz en Kosovo merecen, al menos, una pregunta de cortesía al Gobierno. Las muertes por carretera sólo sirven para enriquecer los cortes publicitarios televisivos en el puente del Pilar.

vos en el puente del Pilar.

Esto es una cuestión de Estado. La más clara y tajante y necesaria razón que debe asumir el Estado para demostrar que ha llegado el momento de rescatar la verdad absoluta de la democracia —el civismo, la tolerancia, la educación, la solidaridad— del fondo de los corazones. Otros países ya lo han hecho. Digamos ahora que España necesita luchar con todos sus efectivos morales —ése es el gran reto— para hacer realidad un sueño: que haya paz en nuestras carreteras y que los ciudadanos se sientan más felices por haber peleado hasta la extenuación en esa digna y estimulante batalla.

● ***Al margen de las estadísticas, la única verdad es la inmovible vigencia de la tragedia. Aquello que no puede traducirse en números. El dolor que parece ser patrimonio exclusivo de los demás hasta que la fatalidad del destino lo hace nuestro.***

